

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

MARIA SILVA OSSA

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

BIBLIOTECA NACIONAL



875108

107636

10(1073-63)

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

MARIA SILVA OSSA

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Claudio Orrego Vicuña
Arturo Valdés Phillips

Tiraje: 1.000 ejemplares.
Impreso en los Talleres
Gráficos Corporación Li-
mitada, A. Ovalle 748.
Santiago de Chile, 1978.

¿Quién Soy?

¿Quién soy?, me he preguntado muchas veces y la imagen que de mí tengo ríe sarcástica. ¿Soy aquello? ¿Soy esto? ¿Soy un cúmulo de células que conforman mi estatura? ¿Un espíritu preso en la cárcel de mis huesos? ¿Un robot viviente y malformado?

Estoy ante mí como ante un inmenso espejo, aguardando su ruptura.

Cual Proust iré con temor en busca del tiempo perdido y en unas cuantas páginas armaré el tremendo rompecabezas de la vida, e iré nombrando a aquellos que me precedieron en el tiempo de mi pequeño ciclo y formaron mis circunstancias. No llegaré, por supuesto, al Homo Erectus de hace uno o más millones de años.

Nadie ha presenciado su propio nacimiento y no soy una excepción en el caso. Nací en la ciudad de San Fernando, donde mis padres disfrutaban una temporada. Fui mecida por el aire pastoso de la provincia; de allí quizá me provenga este apego letárgico por las viejas alamedas y las plazas abandonadas.

De esta parte de mi vida no recuerdo nada. Mi conciencia se abrió en una vieja casona circundada de corredores con pilares de madera; árboles añosos de los que colgaban los murciélagos, a los cuales íbamos a mirar, sigilosamente, con mis hermanos.

En esta casa con parque de flores y macetas de cardenales y helechos vivimos con nuestra abuela Sil-

va y dos tías que se desvelaban por nosotros en el pueblo de San Bernardo. Recuerdo la ciudad con sol y olor a manzanas.

Mi abuela paterna había enviudado no hacía mucho del buen mozo abuelo Silva.

Yo sabía que mi abuelo en su fundo de Chillán guiñaba el ojo a las niñas bonitas; mi abuela, muy inteligente o cazurra, se hacía la desentendida, no así las niñas que rabeaban al comprobar que era casado.

Una de mis tías nos aseguraba que nuestra familia Silva descendía de un hijo segundón de un rey de Portugal. Y, por ello, me empezaron a cargar los reyes y a los segundones no los quería para nada.

En San Bernardo ingresé por primera vez al colegio. Ahí fui con mis dos hermanas mayores; mi único hermano estaba interno en el Colegio de San Ignacio. Por aquella época su influencia avasalladora empezó a envolverme. Comenzamos las cacerías de gatos, ratones y murciélagos.

Las arañas eran princesas para mí y sus telas velos finísimos. Nuestra imaginación se nutría con las entretenidas historias que nos contaba nuestra madre, mientras mi padre nos hablaba de la geografía del mundo. Se había educado en la Escuela Militar y ningún país, por chico que fuera, se le escapaba en su ubicación. Con los ojos cerrados recorría de memoria las líneas de los mapas. Tenía mucho sentido del humor y gozaba diciendo palabras equivocadas. De él conservo su tono festivo, su ternura y la fascinación por los países lejanos. Ahora esos países están terriblemente cerca. . .

Volvimos a Santiago para nuestra educación. Fue doloroso separarnos de nuestra abuela paterna. Recuerdo con nostalgia cuando me ponía sus zuecos para ir a la quinta a ver las gallinas y conocer los patitos nuevos.

Ella me enseñó a jugar con pitillas, haciendo con los dedos cunas, puentes y escaleras. También por ella supe doblar papeles transformándolos en saleros, pa-

lomas y amoblados diversos. Nunca olvidaré sus di-
charachos y adivinanzas; era una verdadera abuela.

En Santiago caí en el reverso de la medalla. Nos instalamos en una casa llena de adornos rococó. Al otro lado de la Alameda, cerca de la mansión de mi abuela materna, doña Delia Borne Riquelme, viuda del visionario descubridor del salitre en Salar del Carmen, mi aventurero abuelo José Santos Ossa, padre de mi madre. Recuerdo arcos de flores frente a su casa de Alameda esquina de Teatinos para recibir a un príncipe que luego los visitaba. El cambio de guardia en el palacio de la Moneda me era familiar, como también las recepciones que a menudo reunían a personalidades importantes de aquella época.

Mi abuela Borne descendía de marinos irlandeses. Yo la conocí de casi noventa años. A esa edad conservaba su figura espigada y un cutis transparente; hacía gimnasia todos los días y tomaba unas cápsulas para conservar la buena memoria. Era severa y se creía una reina.

Todos la adoraban y vivía rodeada de parientes. Por ser yo una de sus nietas menores no me cotizaba; creo que ya estaba aburrída de tanto hablar; noventa años de existencia era como mucho. No voy a decir yo: ¡qué bruto!, ¡qué tiempo!, pero para tener abierta la conversación, era bastante.

A veces la abuela Borne me llevaba a Cartagena, la antigua Viña del Mar, donde mis tíos tenían sus casas de veraneo. Ella se trasladaba con sus animales predilectos, perritos, canarios, loros, etc., en un compartimento del ferrocarril exclusivo para ella.

En la costa me invadía una tremenda tristeza y mirando el mar deseaba volver cuanto antes al seno de mi madre. Aun me molestan los espacios infinitos... A veces sueño en algo pequeño que me guarde, quizás sea mi propio ataúd.

Una tía que acompañó siempre a mi abuela Borne, contribuyó, sin querer, a que me lance en com-

promisos sin medir sus consecuencias; el estar hablándoles a ustedes, por ejemplo. Ella me lanzó al mar y casi me ahogué.

A veces sueño con la mansión de esta abuela, quien dos veces se puso tierna: una, después de un terremoto, la otra al enseñarme a hacer el nudo del hilo para coser; al intentar el nudo, me dijo, te acordarás de mí.

La veo también con sus largos dedos llenos de anillos tocar el piano en uno de sus salones. Yo, mientras tanto, me iba al comedor y me tomaba todo el jugo de los huesillos que acostumbraban dejar en una jofaina sobre el trinche.

Yo era muy pequeña, pero siempre impactó en mi ánimo que no se refirieran a mi abuelo como a un hombre de gran imaginación y arrojo, fundador de Antofagasta, muerto en altamar a poco de cumplir los cincuenta años, sino que hablaban de él como del gran señor, dueño de cuantiosa fortuna, a cuyo amparo vivieron varias generaciones de la familia.

En aquel entonces sus enormes retratos pintados al óleo mostraban a un hombre de barba, vestido impecablemente. A mí me hubiera gustado verlo montado sobre un burro, con la picota del minero al hombro y calzado de ojotas.

Por ese tiempo, mi tío Samuel Ossa Borne daba charlas acerca de la nueva arquitectura, ni más ni menos que basada en el movimiento Bauhaus, y se refería con orgullo a su gran amistad con Rubén Darío.

Mi abuelo José Santos Ossa, casado dos veces, procreó a catorce hijos y mi madre fue la menor de ellos. El historiador e ilustre alcalde de Santiago don Benjamín Vicuña Mackenna y mi abuelo José Santos fueron compadres y cuentan las crónicas que se querían muchísimo.

En nuestra casa aquella tan compuesta y llena de adornos, nosotros los niños hacíamos samba y cantata: tirábamos agua a la gente que pasaba por la calle.

Con nuestro hermano Mario construimos un circo sobre el techo, con carpa y todo, representando, vestidos de payasos, algunas piezas cómicas. Los vecinos reclamaron y... se acabó la función.

Era el tiempo de los corsos de flores en los cuales mis hermanos tomaban parte. A casa de mi abuela iba con frecuencia un primo de mi madre, don Federico Puga Borne, amigo entrañable del profesor Richon Brunet, director antiquísimo del Museo y Escuela de Bellas Artes. Este tío, admirador de los artistas, se interesó muchísimo por los dibujos de mi hermano Mario y lo llevó al Bellas Artes y lo suscribió a revistas de arte y arquitectura europeas.

Mi hermano pensó, dibujó, practicó, mas luego resolvió retirarse porque consideró que, luego de comprender la técnica del dibujo y la pintura, era mejor trabajar solo.

Esta historia tan objetiva, contada así al correr de la máquina de escribir, fue formando paulatinamente mi personalidad de escritora, porque si bien es cierto que empecé a escribir en mi adolescencia, ya en la niñez gustaba de los libros y de las obras de arte, cuyas reproducciones contemplaba en grandes volúmenes empastados de rojo que mi madre nos prestaba.

Por el momento gozábamos con los muñecos de cartón que nuestro hermano nos hacía, además de casas para muñecas y grandes molinos con carretones que se movían al desenrollarse una carretilla de hilo con un trozo de vela adicional.

Mi adolescencia la sentí y viví en una casa grande y muy hermosa para mí, ubicada en la calle Aurora Mira, a un paso de la Gran Avenida. De ella diría en uno de mis primeros poemas:

"Era así, tan dulce y tan antigua,
atornillada a lo severo
y dueña de niños en retoño..."

Llegué a ella siendo niña y me fui cuando me casé. Al irme besé sus muros.

Los jardines, cuidados por mi padre, deleitaban el espíritu. El piano de cola de mi abuela Delia Borne de Ossa ocupaba la mitad de una sala. Ella había muerto. En aquel piano solía practicar Claudio Arrau, cuando venía a Chile. Su familia también vivió en Chillán como mi abuela Borne Riquelme, parienta directa de doña Isabel, de cuyo hijo Bernardo O'Higgins Riquelme hablaba la parentela en sordina.

Mis hermanos mayores ya habían salido del colegio; yo continuaba en las Monjas Inglesas, colegio al que no quise por considerarlo portador de valores equivocados.

Las monjas, en aquel tiempo, se preocupaban mucho de la vida social de sus alumnas, demostrando al respecto gran interés. Si por casualidad alguna niña se convertía en hija de un Presidente de la República, inmediatamente la distinguían fuera de programa.

Yo aceptaba en principio todas las invitaciones de mis compañeras para asistir a fiestas o al salón de patinar. Decía que sí, pero nunca iba; prefería quedarme en mi casa leyendo, perdida entre el pasto de las gallinas.

Cuando pienso en mi infancia, siento gran pena por aquellos niños que viven rodeados de cemento, sin un árbol frente a sus casas para que les enseñe el paso del invierno a la primavera.

En aquella casa leí, pinté, escuché música. Allí comenzó a desarrollarse mi verdadera vida. Mi hermano Mario ingresó a la universidad a estudiar arquitectura ayudando a sus compañeros en sus proyectos y dibujos.

Yo entonces presentí la muerte. Fue como un tajo en el fondo del plexo. ¿Por qué no me dijeron que tenía que morir algún día?

Mi madre, de una gran religiosidad, nos inculcó su sentido de la vida puro y firme, por lo cual yo resolví ser santa para perdurar y ser famosa. No me resultó. Sacaba cosas de la despensa y las llevaba a la gente necesitada y dentro de los bolsos colocaba una

estampa de Cristo para que supieran que lo hacía por El. Después comprendí que estos problemas se resuelven de muy distinta manera y que la ayuda debe ser diferente.

De todos modos me dediqué por gusto a cuidar a los niños de gente muy pobre. Había una casita en un potrero. Desde una ventana se veía un caballo flaco comiendo rastrojos, dentro ayudaba a la madre a vestir a los niños, que yo encontraba preciosos. El marido hacía cubitos de madera para las Escuelas Montessori.

También admiraba a los gitanos por su vida nómada y me hubiese gustado que alguno me robara. A veces me detenía frente a sus tiendas. Nadie me robó; seguro que me encontraron fea.

Con mis hermanos formábamos un clan cerrado. Al cursar segundo año de arquitectura, mi hermano dejó la universidad para dedicarse de lleno al dibujo. Mi madre lo acompañó donde una prima que dirigía una revista infantil de importancia, "El Peneca". Ella era doña Elvira Santa Cruz Ossa, conocida por su seudónimo de "Roxane". Mucho le agradaron los dibujos de mi hermano y lo contrató de inmediato. Así, a los 18 años empezó a dibujar para "El Peneca".

En nuestra casa cada uno de nosotros tenía un departamento. En la pieza taller de mi hermano, con olor a óleo y trementina, me familiaricé con grandes escritores.

Le agradaba que yo le leyera mientras él hacía sus ilustraciones. Tomó de la Biblia el nombre de Coré, el rebelde.

Mi madre nos traducía a Valery, Baudelaire, y tocaba a menudo a los clásicos al piano. Por supuesto que me enamoré de Chopin, además del mozo que iba a la casa a limpiar vidrios.

Conocimos a Pablo Neruda. Mi hermano fue tesorero de la Alianza de Intelectuales que Neruda presidía. Nos reíamos un poco cuando nos contaba que los escritores andaban con las manos juntas tras sus

huellas. Su obra "Residencia en la Tierra" fue para nosotros la maravillosa revelación del siglo. También me impresionó la obra de García Lorca; su Romanero me lo sabía de memoria.

La poesía de Gabriela Mistral la encontrábamos, al comienzo, medio floja. Pero sus libros "Desolación" y "Tala" cambiaron nuestra opinión.

La muerte me perseguía. La mayoría de los pollos que cuidaba los mataba un gato negro llamado Pepe. Yo echaba a escondidas los pollitos muertos en cajas de lata y los ubicaba en la "cobacha", donde se guardaban las escobas. Un día el olor fue espantoso y tuvieron que desocupar el cementerio.

A mi hermano le leía cuentos de Korolenko, Gorki, Gogol, Proust, Dostoievski, Kafka, Gide, Alicia en el país de las maravillas, y otros que no recuerdo.

A Coré le gustaba tanto leer el Quijote que lo compraba en las más diversas ediciones y pastas. Tenía una impresa en pergamino antiquísimo, con la escritura del castellano antiguo. Las ediciones inservibles iban a parar a la basura. Nuestra Rosa, señora y dueña de la cocina, pegaba en sus muros hojas sueltas del Quijote y mientras batía huevos, leía en voz alta: "En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hiladgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor..."

Con tanta lectura de pueblos tristes, sentí en el fondo de mi alma una inmensa compasión por el género humano, que no se vende en tiendas, sino deambula por el mundo completamente equivocado, con sus huesos a cuestas. En "Hombre Americano" diría:

"Conocí un espectro en su casa desierta, coronado de alucinante espíritu. Conocí al hombre llamado calendario; marcador forzado de reloj y consignas. Enlutado relámpago con su hambre secreta".

En ese tiempo nuestro barrio era arbolado y la Avenida Ochagavía un delicioso bosque donde paseaba leyendo algún libro.

Frente a mi casa vivía una hermana del gran músico chileno Enrique Soro; yo era amiga de sus sobrinas y me agradaba verlo.

La pintura y la música clásica se unían y afinaban mi sensibilidad. Beethoven y Miguel Angel en su grandeza, Rafael y Chopin por su dulzura, Mozart y Botichelli en la gracia de sus formas. Más tarde conocería la música concreta cuya resonancia me recordaría a Matta. Puede ser que esté equivocada, porque estas asociaciones solamente me pertenecían a mí.

Además, quiero decirles que lo que les estoy contando quizás no sea cierto; aquella persona que pretenda escribir verdaderamente sobre su vida se verá en duros aprietos. Los caminos recorridos son demasiados; objetivamente se dirá la verdad, mas la imaginación nos juega malas pasadas.

En la acera de enfrente tenía su residencia don Carlos Valdovinos, abogado y juez; llegó a ser alcalde y ministro de Estado y muy amigo del Presidente don Pedro Aguirre Cerda, con quien bailé siendo niña aún. Recuerdo como anécdota, que con las hijas de don Carlos nos metimos a hurgar en su escritorio y encontramos en él unos expedientes con la historia de Fan Van Loo, un chino que se hizo famoso por haber envenenado los pasteles de su compadre y arrancarse de la cárcel vestido de mujer.

La calle donde yo vivía se llamaba Aurora Mira, y más allá estaba la calle Mercedes Mira, en honor de estas ilustres señoras artistas, dueñas antiguas de esos predios.

Conocí a doña Aurora, encantadora y sencilla; pero aún no olvido una sala blanca y diáfana, como la de una niña, con encajes y enredaderas en el ventanal; y en medio de ella y dentro de un ataúd, haber contemplado su cuerpo muerto.

Su hermana Mercedes vivía enclaustrada. Había hecho voto de pobreza y vestía siempre de negro. Alojaba en su casa a personas muy pobres.

Como les decía, con la imaginación se magnificaban las cosas; para mí estas señoras eran mágicas.

En las noches de luna me subía al tejado del gallinero de mi casa y recostada en él la miraba pasar entre las estrellas.

Los platillos voladores los tenía dentro de mí, porque todo el día me decían que estaba volada. Y a lo mejor lo estaba.

En mi adolescencia leí a Freud, sus teorías psicológicas me hicieron meditar en la importancia del ancestro y coloqué el amor en el primer lugar de los valores humanos.

Conocí la historia del mundo por las novelas más que por los textos de estudio, a pesar de que en el colegio obtenía buenas calificaciones.

La biblioteca de la casa estaba provista de los más variados libros. A la poesía y novelas se unían libros de historia y economía, lo que nos hizo abrir los ojos a las realidades e injusticias del mundo.

A mi hermano Coré no le agradaban los muebles de nuestra casa, los cuales habrían hecho gozar a más de un anticuario, por su valor. Sin embargo, empezó a fabricar sus propios muebles de maderas simples. Sillas y bargueños salían de sus manos imitando a los artesanos de la Edad Media.

Después de muchos años, ese estilo de muebles lo encontraría en muchas casas modernas.

Por ese tiempo decidí escribir mis primeros poemas. Fue la ejecución de un rito misterioso y sagrado. Una vez mi hermano, con un papel en la mano, me preguntó:

—¿Esto lo escribiste tú?

—Sí —contesté y sentí deseos de meterme debajo de una mesa. En su taller había olvidado mi primer poema.

—Está muy bien, pero es increíble —exclamó pensativo.

Me sentí halagada, a pesar de darme cuenta de que me subestimaban en casa por ser la más ratona

del grupo, o sea la menor. Desde entonces me envalentoné y seguí escribiendo; si otros pueden, ¿por qué yo no? Reunía a mis hermanos y les leía lo que había escrito. Si lo encontraban bueno me sentía realizada, si malo, la decepción se notaba en mi rostro.

Un día en "El Mercurio", que dirigiera años atrás un primo hermano de mi padre, don Carlos Silva Vildósola, leí un comentario sobre el libro "Caminos en Soledad", de Carlos René Correa. Me gustaron bastante los poemas y también el retrato del autor que ilustraba el artículo. Sin meditarlo, llevada por una fuerza oculta, le escribí una carta de felicitación, deseando conocerlo. El me contestó a vuelta de correo diciéndome que me esperaba en "El Diario Ilustrado". Allí, en la puerta del diario vi por primera vez al que llegaría a ser el compañero en la jornada de la vida. Algunos dirán que es mi marido y tendrán razón; como a mí en particular no me gustan los maridos, diré que solamente es mi amigo-amante. Cuando se pone pesado, le digo marido.

Al año de conocernos nos casamos. Bendijo nuestro matrimonio el sacerdote y poeta Francisco Donoso y fueron testigos Jenaro Prieto, Manuel Vega y Lautaro García.

Entre décimas y sonetos tuvimos ocho hijos, casi todos ya profesionales; los más jóvenes aún estudian en la universidad. ¡Ah! y plantamos un limón en el jardín de la casa y criamos un gato: Matías.

Carlos René no se contentó con ser un esposo lector de mis obras, también prefirió que otras personas pudieran leerlas. En absoluta armonía publicamos "Cuento y Canción", libro de poesía dedicado al primer hijo. Nascimento nos dio su sello.

Escribí entre chupetes y mamaderas, como diría un periodista después de entrevistarme.

Nuestra casa se fue llenando de hijos:

"En el suspenso del mantel
yerguen las lechugas sus verdes ramas,

y los niños de mis venas
juegan en las alfombras”.

Conocí el pueblo natal de Carlos René, la aldea de Rauco, cercana a la ciudad de Curicó:

“Aldea con entraña
de granadas jugosas,
vastedad de los trigos,
higueras de rumores,
donde el paso del ansia
rompe azul herradura,
y enciende con su chispa
las fogatas del monte”.

En los veranos íbamos a Constitución. Había que traspasar en Talca a un trencito de trocha angosta, que echando humo y rengueando se alejaba de la ciudad para meterse como un reptil entre los montes y el río. A menudo perseguíamos vacas, zorros, gallinas y conejos. Una vez se detuvo el tren y retrocedió a la estación anterior para recoger al conductor, pues se había quedado en el camino...

En algún pueblecito, el maquinista se bajó del tren para servirse una sabrosa cazuela de ave, regada con chicha de Curtiduría. En una de esas, el tren empezó a incendiarse. La gente sin saber qué hacer apagó el incendio con la bebida de las botellas y nos quedamos secos.

A mitad de camino a Constitución estaba la estación de Infiernillo, lugar donde vivía el poeta maulino Jorge González Bastías. Después cambiarían su nombre por el del poeta, a insinuación de Carlos René.

Llegábamos a su casa con nuestros hijos. Era el señor de los viñedos que mojaban sus raíces en el río. Todos le querían, contaba historias y arreglaba entuertos. Sabía de tesoros escondidos y del paso de veleros por el cielo. Cantó al hombre sufriente de sus tierras y murió con el verso en sus labios.

Su busto, hecho por Héctor Román, a pedido del "Grupo Fuego de la Poesía", vigila el valle desde el jardín de su casa.

Allí conocí también al gran poeta y ensayista Bernardo Cruz, sacerdote procedente de San Felipe, quien escribió la historia de la ciudad en un voluminoso libro. El bautizó a casi todos mis hijos. Su poesía ha sido poco divulgada, es de gran belleza conceptual. Aquí nos hundimos en oscuro panorama, al no reeditar a nuestros antiguos valores.

Al tener nosotros ocho niños, era lógico que a veces nuestra casa no estuviese apta para recibir visitas, sobre todo si éstas eran personas extranjeras; por el buen nombre del país.

En estos casos, la niñera de mis hijos y yo, con sendos gorros de papel en la cabeza, pintábamos rápidamente paredes y puertas del comedor y living. Una noche me preparaba a recibir a mis visitas, cuando con espanto me di cuenta de que la perrita de los niños llamada Pinta había llevado sus huesos al comedor y muy feliz se los estaba comiendo sobre la alfombra, además de un sombrero de paja panameña que Carlos recién había comprado. Los visitantes de esa noche celebraron la ocurrencia del animalito, y no hubo mayor problema, ellos eran Javier Villafañe, poeta y titiritero argentino, y su esposa Elba Fábrega, pintora y poetisa de la misma nacionalidad.

Con Javier y Elba fuimos muy amigos. Javier tenía a su haber varios libros de poemas y de cuentos para niños, muy hermosos. Llegaba a nuestra casa con una Biblia protestante bajo el brazo y nos leía sus versículos, a pesar de que él no creía en nada. Mi segundo libro de poesía, "De la Tierra y el Aire", fue publicado por esos días. "En la tarde de boca rosada, las rodillas del día se doblan y reciben sus faldas de yerbas, niños albos con pies de palomas". En aquella época yo era panteísta.

El matrimonio Villafañe fabricaba sus propios títeres; habían recorrido la Argentina de pueblo en

pueblo, sobre una carretela, representando sus obras. Aquí en Santiago se consiguieron un teatro y con Carlos René les ayudamos a cobrar las entradas y a cuidar entre bastidores a sus dos hijos pequeñitos. Javier era hombre de gran imaginación. Sus representaciones fueron consideradas verdaderas obras de arte para niños.

Un día nos contó una historia que sólo se la creímos a medias y quizás haya sido verdadera. Resulta que una noche estaban en "El Bosco" con Juvencio Valle, cuando vieron a una dama vestida de verde, con el cabello albo, que se le acercaba con los brazos extendidos. Nuestros amigos, un poco desconcertados por las copas bebidas, la convidaron a su mesa. La bella dama se puso de repente muy inquieta y, al preguntarle ellos la causa de su inquietud, les respondió llamarse "La Luna" y vivir muy distante de allí, y que por ser muy avanzada la hora, ella no se atrevía a regresar sola al lugar de su residencia. Juvencio y Javier, condescendientes caballeros, se ofrecieron a acompañarla, y entre calles y plazuelas llegaron a "Los Olivos". En el vetusto edificio de los alienados, la dama se detuvo y les dijo simplemente: —Aquí vivo—. Una monjita abrió la puerta e hizo entrar a la señora. —¿Quiénes son ustedes? —preguntó contemplándolos.

—Yo soy San José y éste es mi hermano de leche —y Javier Villafañe se acariciaba su barba, sonriente.

—Los varones por la puerta del lado —replicó la monja y se perdió en la sombra.

La vida del hombre está entrelazada a otras vidas; el escritor no puede ignorarlas ni ignorarse. No hay libertad para romper la cadena que nos une con el Infinito, Dios. Es la tremenda ecología. No hay vuelta que darle. Soy, porque somos.

Mi poesía fue al principio maravillado deambular por la naturaleza. Debía palpar, necesitaba sentir, oler, mirar. Escribiría: "Es una flor de fuego la montaña, / el viento cárdeno la ciñe. / Tea es el monte; /

consumido en holocausto, / estremece sus raíces de piedra." Y en otro: "Cuando atravieso el canto del océano, / cae el rostro del mar despedazado. / Uno mis pensamientos a su azotada ciudad de sal espesa. / Mi oído se ha llenado con la insignificante música del tiempo".

En la entrega del amor expresaría: "En el verano de tu cintura, / caída y nunca levantada; / en el surco demoledor / y la ojiva de tu medalla, / puse mi cuerpo, eslabón blanco, / que unió el cielo con tu sandalia / y me quedé transfigurada de montañas rojas y bravas".

Ingresé a la Sociedad de Escritores con mucho agrado. Participé en foros, recitales y polémicas. La vida del espíritu se manifestaba.

La escritora Marta Brunet presidió un tiempo el Club de la Pluma Chileno. En ese período y en otros que vinieron después, pertencí a su Directorio. Aprendí de los escritores su manera de ser conflictiva y permeable. Marta Brunet era diáfana. Su vida interior parpadeaba asomada a su mirar casi ciego. Después presidió la institución el poeta Humberto Díaz Casanueva. Su extraordinaria poesía, junto con la de Rosamel del Valle, marcaron un hito en mi creación poética.

El surrealismo para mí, en pintura y poesía, es la llaga del artista por querer demostrar lo indemostrable. La locura del ser. A pesar de no llevar el sello de tal escuela, la considero la más pura demostración del arte.

A medida del paso del tiempo me daba cuenta que el escritor debe ser testigo de su época: "Prestad atención que la boca del aire está llena de nombres, / y los países vuelan sobre sus historias mentidas".

Acababa de aparecer mi tercer libro de poesía, "En la Posada del Sueño". Pronto vendría "Vida y Muerte del Día", editado por Zig Zag.

Mi hermano Coré murió en un accidente. Quedé para siempre huérfana. "Los labios del viento cantarán, / sin luna tu calavera por el aire irá. / Sueño

infinito al acecho de tierras sin heredad, / como cardo echado al viento estás”.

En otro poema le diría: “Tu llamado enluta el paso de mi sangre, / arrebola un círculo de plaza entre mis sienes; / y como un sismo sin distancia, / va hacia tu voz el cáliz de mi muerte”.

Por llevar la muerte tan dentro de mí, tremenda herencia, he cantado siempre a la vida y con ella al despertar de los hijos.

Llegó un momento en que se me acabó el repertorio de cuentos clásicos para contarles a ellos. Es curioso y agradable recordar los títulos de los cuentos que leíamos en nuestra niñez: “Perder lo que se busca”, “Lluvia de Oro”, “Guisado de Conejo”, “Su Excelencia rompe sobres”, “La Isla de los Brillantes”, “Melchor Cascarrabias”, “El Mago de la Luz Verde”, “Kan Kilín Kon Kun”, “Los Cerros de Tuniplín”, etc.

Como les decía, mi repertorio estaba completamente agotado y me vi en la urgente necesidad de inventarles algunos. A mis hijos les agradó la idea y constantemente estaban pidiéndome un “cuento inventado”. Muchos de ellos los publicó “El Mercurio”, en su revista “Mampato”.

Un día pasaba yo frente a la Editorial Zig Zag —luego “Quimantú” y después “Gabriela Mistral”— y me encontré con Enrique Lafourcade.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—Acabo de escribir más de veinte cuentos para niños —le respondí.

—Tráemelos para leerlos —me contestó muy amistoso.

Por suerte a Enrique le gustaron los cuentos y aprobó la edición junto con don Alberto Ostria Gutiérrez, ilustre escritor y recordado amigo boliviano.

Al poco tiempo mi libro se publicaba con la portada que dibujó Mario Toral, ilustrando el cuento titulado “Parábola”, en que un hombre muy egoísta pretende que todo el pueblo trabaje sólo para él y con tanto comer engorda en demasía, pudiendo sacar ape-

nas por la ventana de su casa los brazos y la cabeza. Este libro, "El Hombre Cabeza de Nieve", mereció un premio de la Organización Internacional para el libro juvenil, IBBY.

La gran escritora y ensayista Pepita Turina contribuyó a la educación de mis hijos. Ella me prestó algunos folletos que se estudiaban en la Universidad de Chile, en la nueva Escuela de Parvularias. Ese aporte interesantísimo lo hice leer por algunas directoras de kindergarten de entonces y contribuyó, en cierto modo, a cambiar el sistema de enseñanza de esos establecimientos particulares.

El "Grupo Fuego de la Poesía", creado por la voluntad de dos generosos pioneros de la cultura chilena, Carlos René Correa y José Miguel Vicuña, con el fin de reunir a los poetas, siempre tan dispersos y solitarios, tan abandonados del mundo y de la vida, dio origen a un nuevo conocimiento de valores de la poesía chilena y extranjera.

Nombraré a los que recuerdo integraron las primeras reuniones del "Grupo Fuego": Carlos René Correa, José Miguel Vicuña, Mila Oyarzún, Francisca Ossandón, Julio Barrenechea, Jorge Hubner Bezanilla, la venezolana Luz Machado de Arnao, el salvadoreño Hugo Lindo, Julio Arriagada Auger, Eliana Navarro, Hernán Cañas, que le dio el nombre al grupo, porque vio pasar una bomba por la calle Amunátegui, y cuando se sorteaban nombres él gritó: ¡Fuego!; Sergio Aubert, Juvencio Valle, Humberto Díaz-Casanueva y tantos más. Por su Directorio han pasado poetas de gran valor. Es increíble la riqueza que se obtiene con el intercambio de pensamientos e ideas.

Yo, definitivamente, buscaba la médula del hombre, como un cirujano cualquiera. En mi poesía última deseché los recovecos para llegar a la semilla. El adjetivo que viste de sayal o de gala al verbo lo dejé de lado en la mayoría de los poemas que integran mi último libro "Raíz". Con sensibilidad exacerbada por la miseria de los pueblos digo: "Me duele el dolor

de los pueblos heridos, / manos que desvisten el sol / y llenan de cal sus nichos ciegos. / Beben una copa de polvo / y sus trajes son vértebras”.

“Raíz” fue el último libro que editara en vida don Carlos George Nascimento. Rindo un homenaje al gran editor que por decenios se preocupó de la literatura chilena, especialmente de la poesía, a pesar de que no se vende. Hoy, su hijo Carlos, sigue fielmente sus huellas al conseguir con sus publicaciones que el llamado “apagón cultural”, sea desterrado.

A la escritora Marcela Paz, autora de “Papelucho”, la conocí allá por el año 1964, cuando en su casa y bajo su presidencia dio vida a la Sección Chilena de la Organización Internacional para el Libro Juvenil, cuya sigla es IBBY. El Directorio estuvo formado por Ester Huneus (Marcela Paz), presidenta; Alicia Morel, vicepresidenta; Pepita Turina, secretaria; directoras: Chela Reyes, María Silva Ossa, Gabriela Yáñez, Amalia Rendic, Maité Allamand, Mónica Echeverría, Lucía Gevert, Estela González. Escritoras todas con inmenso interés por difundir la literatura infantil y juvenil, ofreciendo valores positivos y procurando, sin conseguirlo, desterrar la violencia en la educación del niño.

Unidas realizamos foros, mesas redondas, exposición del libro infantil, creamos bibliotecas, incrementamos otras, organizamos concursos de cuentos infantiles escritos por niños.

El Departamento de Cultura y Publicaciones del Ministerio de Educación, consciente de la labor que realizaba IBBY, publicó un libro con los mejores cuentos seleccionados en los concursos de los años 1964, 1965 y 1966. Este libro lleva por título: “Cuentan los Niños”, con ilustraciones de Luis Meléndez.

Con Ester Huneus y Alicia Morel dirigí en “La Nación”, el “Mini-Diario”, página dedicada a los niños.

Un tiempo después la Editorial Lord Cochrane publicaba en la Colección “Zapatito Roto” nuestros

cuentos para niños. Mi libro "Perejil Piedra" es uno de ellos. Isabel Allende, dinámica escritora, tuvo a su cargo las ediciones infantiles. No puedo olvidar su entusiasmo y admiración por los dibujos de Coré que ilustraron mi obra. Eduardo Amstrong dirigía la revista "Mampato", él indicó poco antes de morir el color sepia que llevarían los dibujos.

Un año después, la misma editorial publicaba mi obra "Las Aventuras de Tres Pelos" con dibujos de Ricardo Güiraldes, a todo color.

La Editora "Primor", de Brasil, seleccionó mi cuento "El Descontento", para ser incluido en la "Antología para Niños de todo el Mundo".

Siempre he tomado muy en serio la literatura infantil. Seguí un curso y me recibí de auxiliar para la Educación Parvularia, a fin de valorar mis aspiraciones.

Actualmente estoy dando término a una antología dedicada al niño, porque tengo once nietos preciosos.

El espacio exterior y su conocimiento han llamado poderosamente mi atención. Al saltar el hombre al abismo oscuro que lo separa del grano iluminado, que es la Luna, nos hace pensar en su tremenda angustia de conocer su procedencia.

Es el niño que recién da sus primeros pasos y bordea los precipicios con el afán de comprender.

Integrados al universo que se expande hacia el infinito, nos reencarnamos constantemente en la Divina Ecología; mas, a capa y espada, nos destruimos por unificarnos, en lugar de ser en una sola vivencia los hombres de la Tierra.

La poesía es espíritu que vivifica. Idioma universal que salta las barreras de lo incomprendido. Es la estructura de las palabras a través de la cual el poeta se diversifica para luego ser uno en el tiempo y en su eternidad.

En la serie

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

la Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa

Miguel Arteche

Gabriela Lezaeta

Manuel Francisco Mesa Seco

Cecilia Casanova

Fernando González-Urizar

Julio Flores

Antonio Cárdenas Tabies

Jaime Quezada

Emma Jauch

Carlos Ruiz-Tagle

Alicia Morel

María Silva Ossa

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.

